á su vida, á tiempo que un mensaje del palco regio invitaba á la artista á presentarse en él. Y una vez allí, el más alto personaje de cuantos ocupaban el palco la felicitó cordialmente, empleando al hacerlo aquellas formas delicadísimas, aquellas frases tan oportunas de que sólo él parece poseer el secreto. La artista se inclinó y manifestó su gratitud por el altísimo honor de que era objeto, viéndose después obligada á regresar presurosamente al escenario en momentos en que caía el telón después de la muerte de *Edgardo* y el público podía manifestar todo su entusiasmo, como lo hizo sin pérdida de tiempo.

Los aplausos estallaron cual se desencadena la tempesrad. Una y otra vez tuvo que presentarse en escena la ya célebre Francini; el público no se cansaba de verla y aplaudirla. Aquel entusiasmo era de los que se presencian en Francia ó Italia, rara vez tan prolongado en un teatro de la fría Albión. Tantas veces tuvo que volver á salir y saludar, que cansada ya empezó á desear que terminase aquella ovación. Por último dejó de contar el número de sus llamadas á la escena; cualquiera que fuese, sobraba para demostrarle la solidez de su triunfo. El público se cansó también por fin y abandonó el teatro; y la heroína de aquella noche pudo encaminarse, bajo la protección del señor Trenfil, al hotel donde se proponía pasar la noche. El éxito había superado á sus más lisonjeras esperanzas y aun á las de sus más entusiastas admiradores. Su triunfo era completo. No tenía en el teatro amigos personales que iniciasen los aplausos; su magna ovación provenía del público en masa, que libre y espontáneamente se la había tributado y que había ido al teatro tan dispuesto á censurarla como á aplaudirla, según sus merecimientos. Sentíase muy dichosa, muy satisfecha.

En el hotel cenó tranquilamente, entre amigos. Toda la familia de Trenfil pasaba aquella noche allí con ella, y convidaron también á Herr Kaulitz. Este virtió lágrimas de gozo ante el triunfo de su discípula predilecta. Carlitos

Trenfil, que tenía las manos hinchadas á fuerza de aplaudir, estuvo un tanto triste durante la cena, al pensar que allí acababan las locas esperanzas que había llegado á concebir. Su padre tenía razón: la señorita Boucher vería muy pronto al mundo entero á sus pies.

Aun cuando así fuera, Lucy estuvo aquella noche tan bondadosa, tan franca y modesta como siempre. Se alegraba de ver terminada aquella durísima prueba y alegrábase mucho más de no haber sufrido un doloroso desengaño.

Al desnudarse para gozar del bien merecido descanso, asomó á sus labios una sonrisa. Se preguntaba si aquel joven alto, cuyo nombre ignoraba, habría estado en el teatro. Deseaba que así fuese, por más que no se explicaba la razón de aquel deseo. Probablemente no volverían á verse nunca.

CAPÍTULO XI

Arrepentimiento

Muy cercano á la verdad anduvo Alain Bourchier al decir á su compañera de viaje que el dolor causado por el matrimonio clandestino de su hermana estuvo á pique de ocasionar la muerte á su padre; por más que ignorase los verdaderos motivos de la emoción que dejó á éste exánime y que le tuvo por algunos días en estado de suma gravedad. No sabía que el furor ciego producido por aquella noticia le había hecho más daño que el dolor causado por la conducta de Josefina. Como ignoraba también que su padre se acusaba á sí mismo más que á su hija, culpándose de no haber comprado el silencio de aquel aventurero aun á costa de la mitad de su fortuna; de haber sido débil hasta el punto de ceder; de no haber desafiado abiertamente la ira de su enemigo. El peligro ya pasado parece siempre menor.

Felipe Bourchier se preguntaba cómo había podido dejarse engañar por aquel farsante; cómo él, hombre de mundo, se había convertido en juguete de un mozuelo, en instrumento para destruir la felicidad de los seres que le eran más queridos. Volvíase loco de ira al pensar en el porvenir de Josefina, confiada á semejante hombre; y sus palabras y ademanes revelaban tan claramente la agitación de su espíritu, que el médico comprendió y le dijo que si no lograba sosegarse un tanto, su curación quedaría aplazada indefinidamente. Mientras siguiese enfermo nada podría hacer por su hija ni por sí mismo, y reconociéndolo así, se vió obligado á obedecer al médico y á dominar los impulsos de ira, la cólera terrible que le obscurecía la razón al pensar en su malvado yerno.

Apenas recobró en parte la salud, escribió á Daniel ordenándole ir á Londres y avistarse con él. Su carta halló al joven muy satisfecho y muy cómodamente instalado en la Casa Roja. Para Josefina la vida seguía siendo un sueño placentero, dedicada como se hallaba á tributar su adoración al hombre generoso y noble que le había dado su amor. Daniel se mostraba tierno y afectuoso para con ella; y la verdad es que difícilmente hubiera podido ningún hombre, aun el más perverso, conducirse de otra manera inmediatamente después de su matrimonio con tan encantadora joven. El la quería, ó creía quererla, y aun tuvo la generosidad de esperar y desear que su afecto por ella no amenguase con el tiempo y que las atenciones y caricias de su esposa no llegasen á serle un día insoportables por lo empalagosas.

La única nube en la felicidad de Josefina era la enfermedad de su padre, que ella no podía menos de atribuir en parte á su propio matrimonio. Su madre le había escrito algunas líneas á toda prisa, diciéndole que su padre se había indispuesto repentinamente, y Mabel había seguido informándola día por día del estado del enfermo. Ni una ni otra le escribieron una sola palabra de censura ni de felicitación; Mabel porque su madre se lo ordenó así y ésta porque la asustaban de tal modo las graves consecuencias de aquel suceso, que no se atrevía á dar un paso sin anuencia de su marido.

De aquí que en la luna de miel de Josefina no faltasen remordimientos y disgustos, pero Daniel se encargaba de disiparlos. ¿Qué mala acción habían cometido? No habían huído como criminales, sino regresando inmediatamente á la casa de su padre, es decir, á la casa que él permitía al señor Bourchier continuar poseyendo. Lo único que ella había hecho era consentir en que el matrimonio se verificase secretamente; aquel matrimonio que iba á salvar de la ruina á toda su familia, pues él se proponía cumplir la palabra que había dado á Josefina en toda su extensión, no conservando para sí y su mujercita más que lo suficiente para vivir cual convenía á personas de su clase, y confirmando á su padre, y á su hermano en su día, en la posesión de todo el resto de los bienes. «Todo acabará bien», decía, y con un beso disipaba las tristes ideas de Josefina, á quien invitaba en seguida á dar un paseo á pie por el bosque, ó á caballo por los vecinos campos. Seguíale ella más consolada, diciéndose que debía de tener razón y que no existía un marido más bueno, hermoso y noble que su Daniel.

Una mañana llegó la carta de Bourchier para éste. Alegróse de recibirla porque ansiaba saber qué línea de conducta se proponía seguir su suegro, ó como él decía, «si tragaría la píldora á las buenas ó pateando». La carta no satisfizo su curiosidad. Era una invitación fría, casi una orden, dirigida al señor Daniel Bourchier, para que fuese á ver al firmante á su casa de Londres, sin pérdida de tiempo. Daniel la leyó y la entregó desdeñosamente á su mujer, cuyos ojos brillaron al ver la letra de su padre.

—¡Oh, cuánto me alegro! Puesto que escribe él mismo debe de estar mejor.

—Papá no trata muy cariñosamente á su nuevo hijo, comentó Daniel.

—No, dijo Josefina, muy descontenta con el contenido de la carta. ¿Pero irás á verlo?

—Sin duda alguna. Mañana mismo.

—¿Podré yo ir contigo?

Daniel reflexionó.

—¿Quieres ir?

—¡Que si quiero! Estoy anhelando ver á papá, á mamá y á Mabel. Además necesito una porción de cosas Apenas tengo ropa que ponerme. ¡Ya lo creo que iré contigo!

—Temo que tengamos él y yo una tremenda agarrada. ¿No sería mejor quedarte á distancia?

—No, señor, nada de eso. Si hay regaños que sufrir yo quiero llevarme también mi parte. Tanta culpa tengo yo como tú. Pero ¿por qué han de reñirnos? Y háganlo ó no, tengo que ir; no seré completamente feliz hasta obtener el perdón de todos ellos.

—Corriente. Pues iremos mañana.

Daniel la besó y encendió un cigarro. Estuvo muy callado y pensativo todo el resto del día, pasando revista á sus armas para la lucha del día siguiente, que se figuraba había de ser ardua y tenaz.

Llegó por fin la joven pareja á la casa paterna y tanto madre como hija recibieron á Josefina afectuosamente, pero con tristeza; saludaron á Daniel con mucha frialdad y para nada se refirieron al nuevo lazo que los unía. Avisaron á Daniel que el señor Bourchier le esperaba en la biblioteca y Josefina manifestó el vivo deseo de acompañarle. Tenía la idea de que á ambos les bastaría implorar de rodillas el perdón de su padre para que éste, tras algunas palabras de reprensión, los perdonase enternecido y los estrechara en sus brazos. Comenzó á alarmarse cuando su madre insistió en que Daniel viese á su padre á solas; pero Daniel la tranquilizó con un gesto y siguió á la señora Bourchier con muy seguro paso hasta la biblioteca, cuya puerta abrió ella para dejarle pasar, sin anunciarlo.

El impostor, malo como era, sintió algo parecido á la compasión al ver á Bourchier, endeble, gastado, envejecido como si hubiesen pasado diez años desde su última entrevista. Si Daniel hubiese sido quien pretendía ser, el hijo del hombre asesinado, no hubiera podido vengarse más cruelmente del asesino. La salud de Bourchier había quedado profundamente quebrantada; sin embargo, se veía en su rostro la firme resolución de luchar hasta el último extremo, y Daniel se preguntó si su última trama no habría sido la gota que haría rebosar y derramar aquella copa de hiel por él servida á su víctima.

Esperó que Bourchier hablase, contando con un torrente de invectivas y amenazas y no le hubiera sorprendido mucho una agresión personal por parte de aquél. Lejos de eso, Bourchier muy poco dijo, después de mirarle con ira y desprecio.

—Pensé matarle á usted, pero he cambiado de idea. Aunque es usted un solemne pícaro, esta vez se ha conducido como un necio. Pronto se convencerá usted de ello. Mi único objeto es hoy discutir la cuestión de intereses.

Daniel quedó sorprendido. No comprendía por qué Bourchier le trataba de necio. La verdad era que en su última jugada había contado mucho con el amor del padre por la hija.

—Cuestión de intereses, dijo. Sí, algo hemos de acordar sobre eso. Si usted quiere, yo estoy dispuesto á...

—Cuando su esposa llegue á la mayor edad, le interrumpió Bourchier, dispondrá de trescientas libras de renta anual que le pertenecen. El capital está invertido en nombre de ella, de lo cual me alegro. ¿Con qué recursos cuenta usted?

—Poseeré unas diez mil libras de renta en cuanto resuelva reclamarlas.

—Dejemos eso aparte. ¿Qué más?

—Tengo en este momento más de doscientas libras en el bolsillo, contestó Daniel echándola de bravucón.

—¡Gran suma es! exclamó Bourchier con su antiguo sarcasmo. No está usted mal provisto para un aventurero.

—¡Me insulta usted, señor Bourchier!

Y al decir esto se irguió con todas las reglas del arte escénico.

—Y como mi hija, continuó Bourchier sin hacer el menor caso de las palabras ni de la actitud del joven; como mi hija, no obstante ser la mujer de usted, tiene que vivir cual conviene á una señora, en cuanto sea eso posible dadas las circunstancias, pagaré cada tres meses doscientas libras á favor de ella en la casa de banca de Baring. Cuando llegue á su mayor edad rebajaré de esos pagos míos las trescientas libras que ella empezará á cobrar entonces por cuenta propia. Ahora, sírvase usted retirarse.

—Pero todo eso es absurdo, señor Bourchier.

—Sírvase usted retirarse. No, espere usted un momento. Debo añadir que siempre estaré dispuesto á ver á mi hija; pero si usted llega á acercárseme, yo sabré impedir que vuelva á intentarlo. Iré á la Casa Roja la semana que viene y si para entonces no se ha marchado usted, lo haré salir de allí á puntapies.

—Es usted muy imprudente, rugió Daniel, pálido de ira. Yo sabré vengarme y perderle.

—No soy yo el imprudente. Ya lo dije antes: esta vez se ha pasado usted de listo. Usted estaba de venta, yo hubiera pagado un buen precio y usted prefirió cobrarse á su manera. Usted mismo se ha tapado la boca. Ahora no espere hallar quien dé crédito á sus patrañas.

—Si es verdad que me he vendido y reducídome al silencio, el precio de la venta, no lo olvide usted, dijo con perversa intención, es su hija favorita.

Aquellas palabras hicieron estremecer á Bourchier. Levantóse de su asiento y señaló la puerta.

—Salga usted, dijo. No vuelva usted á hablarme nunca. No quiero volver á ver su cara.

Daniel comprendió que el tiro habla dado en el blanco.

—Está bien, dijo con la mayor indiferencia. Por esta vez me voy, pero antes de separarnos para siempre uno de otro, tenemos mucho que hablar.

Josefina le esperaba ansiosa. El la saludó con una sonrisa y un beso que la hicieron ruborizarse, porque su madre y hermana estaban en la habitación y aquellas caricias conyugales en público eran para ella una novedad.

—Anda á ver al viejo, le dijo Daniel al oído. Nada puedo hacer con él; está lo más gruñón... Daré un paseo y volveré á buscarte dentro de media hora.

—¿Pero nos vamos esta tarde? exclamó ella sorprendida.

—Oh, sí, en el tren de las cuatro y cuarenta. No nos queda ya mucho tiempo.

Como ni su madre ni Mabel hicieron objeción alguna, Josefina obedeció á su esposo.

Cuando vió á su padre comprendió lo que había hecho. La mirada que él le dirigió le dijo tan claramente como se lo hubieran dicho las palabras, que todo aquello era obra suya. Pero no fué una mirada de cólera, muy al contrario, la impulsó irresistiblemente á acercársele, á arrodillarse ante él y á prorrumpir en amargos sollozos, apoyada la cabeza en el pecho de su padre y pidiéndole perdón con entrecortada voz. El acarició dulcemente sus hermosos cabellos.

—Pobre niña, pobre Josefina, yo te he perdonado ya. Ninguna censura mía aumentará el cúmulo de amarguras que te esperan en este mundo. Pobre mariposita mía, la alegre primavera de tu vida ha terminado ya.

Besó el rostro que tan cerca del suyo se hallaba y aquel beso convenció á la joven de que su perdón era completo y de que su padre seguía queriéndola.

Por muy dichosa que se sintiese Josefina al obtener

ese perdón, se alarmó con las palabras que le acompañaban.

—¡Mi vida futura! d jo. ¡Pero, papá, si voy á ser lo más feliz ahora que tú me has perdonado! Daniel lo ha hecho por nuestro bien.

Su padre la contempló, pensativo y triste.

—¡Pobre hija mía! Dime, Josefina; si tuviera que sucederte una gran desgracia, ¿preferirías estar preparada, ó bien que cayera de repente sobre tí, como el rayo?

—No sé, dijo asustada Josefina. Pero dime qué significa eso, porque me haces temblar.

—Sí, creo mejor decírtelo. Abrázame, soy tu padre y te quiero.

Ella le abrazó y le besó cariñosamente. ¡Cuán débil y enfermo parecía!

—Josefina, te he dicho que tu vida futura será un cúmulo de amarguras. ¡Pobre hija! ¡Te has casado con el peor bribón que existe en Inglaterra!

La joven se incorporó, encendidas las mejillas, llorosos los ojos.

—¡Oh, papá! ¿Cómo puedes decir tal cosa, tú menos que nadie? Es preciso que sepas cuán bueno y noble es, todo lo que renuncia por consideración á nosotros. Por eso me casé con él como lo hice.

—¿Entonces, no le amas? preguntó ansiosamente su padre.

—¿Cómo no amarle? Tan bueno, tan generoso. Pero papá, yo me figuraba que tú te alegrarías tanto de que todo se arreglase así. No esperaba que tratases duramente á Daniel.

—¿Pero qué ha sacrificado él? ¿A qué renuncia?

—A la Casa Roja, papá; á toda tu fortuna, dijo Josefina con orgullo.

Bourchier apretó los puños y mentalmente lanzó una maldición más sobre la odiada cabeza de Daniel. Venganza tan superflua como ineficaz, porque si sus maldiciones

hubieran tenido alguna virtud ya haría tiempo que su yerno habría cesado de existir.

—Josefina, dijo con gravedad, á la vez que con ternura, soy tu padre y tengo derecho á que me creas. Ese hombre no tiene sobre mi fortuna más derechos que el último de mis criados. Dígate lo que quiera; por muchos documentos que te enseñe, todo ello es una impostura.

Josefina estaba más que asombrada, aturdida. ¿Qué significaba todo aquello? Oprimióse las sienes con las manos y trató de reflexionar. ¿Qué era lo cierto, qué lo falso?

—Pero papá, dijo con vacilación, si lo que Daniel pretende no es exacto, ¿por qué le invitaste á residir en nuestra propia casa y nos dijiste que era nuestro primo?

Bourchier se estremeció. ¿Qué sucedería si ella le hiciese á su marido aquella misma pregunta? Pero no podía creer que él se atreviese á decirle la verdad. Era esta un arma de dos filos que heriría al mismo Daniel, pues Josefina vería en seguida la impostura de su marido y probablemente lo abandonaría para volver al lado de su padre, por grandes que fueran las culpas de éste.

—Falta ó desgracia mía fué; pero si me amas, Josefina, no me preguntes por qué lo hice, ni se lo preguntes á tu marido. Fíjate bien; tengo toda clase de razones para decir que es tu primo, pero su reclamación de nuestra fortuna es toda una patraña, su generosidad el cebo que empleó para engañarte. Te perdono porque yo fuí quien lo llevé á nuestra casa; te veré siempre con placer, y el día en que tengas algún disgusto ó sufras, dirígete á mí. Dame otro beso y dime adiós.

Salió ella de la biblioteca llorando amargamente. Desde la ventana del comedor vió á su marido que se paseaba fumando un cigarro, como era su costumbre. Para ello no tenía horas ni lugar fijos; fumaba siempre que podía. Aquel era uno de los defectos de menor cuantía que Josefina había perdonado hasta la fecha.

—Tenemos que darnos prisa, dijo cuando Josefina le llamó. ¿Quieres empaquetar algunos objetos?

—Sí, necesito llevarme varias cosas,

Mabel y Josefina subieron al piso inmediato, y aunque la primera se había propuesto reñir muy severamente á su hermana, cambió de resolución al ver á la pobre niña tan afligida y se puso á consolarla y acariciarla. Todas sus censuras se las dedicó á Daniel, no á Josefina. Mabel había sido siempre, por su edad y su conducta para con aquella, la hermana mayor; pero aquel día Josefina con sus angustias y preocupaciones se imaginaba tener muchos años más que Mabel. Además, no se atrevía á decirle una palabra de lo que había pasado entre su padre y ella en la reciente entrevista y se limitó á manifestarle que su padre la había perdonado, pero no á Daniel.

—¿Cómo ha de perdonarle? dijo Mabel, profundamente irritada contra su cuñado.

Apenas tuvieron tiempo de tomar el tren de las cuatro y cuarenta.

Ambos guardaron silencio en el coche que los condujo á la estación. Josefina se sentía demasiado acongojada para hablar y su marido reflexionaba, tratando de resolver una cuestión muy delicada.

Estaba ya convencido de que Bourchier tenía razón, de que él había llevado las cosas al extremo, recibiendo ó tomándose á cambio de su silencio una recompensa que no le traía cuenta. Con un poco más de sentido práctico y menos desenlaces novelescos hubiera podido sacarle á Bourchier veinte ó treinta mil libras contantes y sonantes. En su lugar tenía que contentarse con ochocientas libras anuales y su mujer, después de tantos planes tan laboriosamente preparados.

Se había engañado á sí mismo. Habíale atraído irresistiblemente, como á todos los jugadores, una combinación complicadísima y ésta había fracasado.

El nuevo triunfo que su matrimonio le proporcionara

era el amor de su antagonista por su hija; pero ese triunfo no le había permitido realizar la gran jugada que él esperaba.

Hablando en plata, Bourchier le había desafiado; ¿y cuál podía ser su venganza? Ocupaba entonces una posición más débil que el día en que su enemigo lo había despedido ignominiosamente después de su primera entrevista, y se preguntaba qué valor podría tener á la hora presente el testimonio de Estoques, que un tiempo cambió por completo la situación. ¿Y Josefina? Desde luego la quería mucho, como quería á todas las muchachas bonitas que le amaban, es decir, durante algún tiempo.

Para empezar, su mujer no le parecía en aquel momento tan linda como otras veces. Bourchier había tenido razón en llamarla mariposa. Así como la lluvia perjudica á éstas, las lágrimas no favorecían á Josefina. El dolor y el llanto proporcionan nuevos atractivos á las hermosas morenas, de grande y trágica belleza; pero las mujeres de tipo delicado, pequeñas, de sonrosado color, deben renunciar á las lágrimas. Su piel muy tenue y su complexión nervioso-sanguínea las hacen enrojecer con mucha facilidad.

Josefina alegre y feliz era la rubia más seductora; pero las lágrimas la transformaban desventajosamente y durante el trayecto lloró con desconsuelo. Su dolor aumentaba al pensar que sus padres habían obligado á los nuevos esposos á partir en un coche de alquiler, en lugar de conducirlos á la estación un carruaje de la familia. Primer desengaño, precursor de su triste porvenir. Incidente nada patético, pero de ominosa significación.

Daniel notó aquel cambio en su aspecto y se maravilló de haberla hallado antes tan hermosa. Aquello era, como suele decirse, el principio del fin.

—¿Qué te dijo el viejo? preguntó.

Josefina se estremeció ligeramente. La forma de aquella pregunta le pareció una familiaridad de pésimo gusto.

—¡Oh, no puedo decírtelo! Cosas terribles, Daniel. Nada de ello es cierto, ¿no es así?

Su pregunta no implicaba duda, sino el deseo de ver confirmada su opinión.

—¿Que si es cierto? Si se trata de cosas que me perjudican, desde luego puedes asegurar que todo es falso. Mejor haría en callarse, por la cuenta que le tiene.

Guardó silencio por algún tiempo, sumido en sus propios pensamientos y olvidado de la presencia de Josefina.

—¡Maldito viejo loco!—exclamó de repente y de la manera más enérgica.

—¿Quién, Daniel, quién? preguntó ella, á tiempo que volvía á aparecer ante sus ojos el rostro pálido, entristecido, pero siempre cariñoso de su padre.

El vió la falta que había cometido.

—Ese estúpido cochero. Jamás llegaremos á tiempo para alcanzar el tren.

La explicación era hábil, pero no satisfizo del todo á Josefina, porque el cochero era un joven y porque precisamente en aquel momento estaba dando latigazos á su caballo y llevaba el coche á escape, con la esperanza de ganar la propina que le habían prometido. No se atrevió á formular su duda, ni aun quiso pensar en ello; pero se hallaba en la situación de un prosélito del Profeta de Khorassán (1) que por un momento hubiese visto deslizarse el velo de aquél y quedase en la duda de si las facciones horribles que le había parecido divisar era ilusión ó realidad.

Daniel le hizo algunas preguntas sobre su hermano mayor. No se habían visto nunca, pues los sucesos referidos ocurrieron mientras Alain se hallaba prosiguiendo sus es

(1) «El Profeta de Khorassán», canto del poema oriental *Lalla Rook* de Tomás Moore.

tudios en la Universidad de Oxford. Tampoco conocía al hijo menor, Roberto, algo delicado de salud y cuya educación estaba confiada á un profesor particular, con quien residía en Linden.

Josefina dió gustosa numerosos informes sobre Alain y terminó su panegírico aludiendo á la amistad que desde luego contraerían dos hombres tan superiores como su hermano y su marido.

Mientras hablaba Josefina se decía este último:

—Me parece que el viejo se va. Y cuando su hijo le suceda... ¡oh, entonces sí que le apretaré las clavijas al joven Alain!

Esta idea le puso de buen humor, y todo el resto del camino estuvo muy atento con su esposa. Tomaron el último tren que salía de Milton y habiendo telegrafiado para que enviasen el coche á esperarlos á Braley, llegaron á Casa Roja aquella noche.

Cinco díasdespués, los jóvenes Bourchier regresaron á Londres y alquilaron una casita, donde los dejaremos instalados.

Todo esto ocurrió, y el lector lo sabe, unos tres años antes del brillantísimo estreno de la Francini en *Lucía*. Cuando ésta obtuvo su triunfo, ya Josefina comprendía perfectamente la significación de las tristes vaticinios de su padre.

El ídolo que antes adoraba había caído de su pedestal, roto y despreciado; pero su caída había matado en ella la alegría y era entonces una niña en años y una mujer por sus pesares y sus perdidas ilusiones.

Por algún tiempo vivieron pasablemente; la joven esposa conseguía engañarse á sí misma y se negaba á admitir la verdad. Mientras su esposo la amó ó pretendió amarla, ella se empeñó en creer en él, por más que su fe tuvo que sufrir algunos rudos embates. Deseosa de justificar su matrimonio, quería naturalmente que su esposo firmase aquella famosa renuncia de sus derechos de nacimiento, como

él grandilocuentemente la llamaba. Al principio se limitó Josefina á indicarle el asunto lo más delicadamente que pudo; más tarde le pidió con toda claridad que hiciese la renuncia.

Daniel empezó por cambiar de asunto y después le dijo resueltamente que no volviese á hablarle de semejante cosa. Le desagradaba pensar en ello, añadió, porque su suegro lo había tratado vergonzosamente, y porque á Bourchier era á quien le tocaba hablar primero. Cuando su suegro solicitase un arreglo, entonces él cumpliría todo lo prometido.

Pero pasaron meses y Bourchier no dió señales de vida. Mortal temor fué apoderándose del corazón de la joven, preguntábase si habría sido engañada, si su padre le habría dicho la verdad. Y en tal caso ¿qué concepto podía merecerle su marido? Desde entonces su ídolo amenazó caer convertido en pedazos.

Alain y Daniel no simpatizaron. Aquél fué á ver á su hermana varias veces, pues la quería demasiado para abandonarla porque había contraído un imprudente matrimonio. Ambos cuñados se vieron, se hablaron y su antipatía fué recíproca.

Alain dijo á Mabel, sin andarse con rodeos, que Josefina había sido un farsante; á él no le engañaban las apariencias.

Y la verdad era que desde hacía algún tiempo Daniel ni siquiera se tomaba el trabajo de fingir, y prescindiendo de sus maneras corteses, hacía y decía cosas que sorprendían, por no decir que ofendían, á la esposa que le adoraba.

Después empezaron los apuros de dinero. Daniel tenía gustos costosos y Josefina no daba valor alguno al dinero. Al fin del primer año estaban ya acosados de deudas y Daniel escribió á Bourchier pidiéndole dinero para pagar á sus acreedores. Su carta le fué devuelta en dos pedazos. Entonces exigió Daniel que Josefina apelase personalmente á su padre, quien la recibió triste y bondadosamente, pero se mantuvo inflexible en su negativa. Quizás pudiera atribuirse el mal resultado de su embajada al poco empeño que mostró Josefina. Su esposo había dejado de ser su ídolo, Le parecía que aquella petición la degradaba y sólo los ruegos, y aun podría decirse las órdenes de su marido, habían logrado humillarla hasta tal extremo. Pero todavía no conocía ella á Daniel, jamás lo había visto como era en realidad hasta el punto y hora en que regresó de su desagradable misión con las manos vacías. Entonces él se quitó la máscara y dejó ver toda su profunda maldad, sin tratar de atenuarla ó disculparla. Josefina oyó las maldiciones que sobre ella lanzaban los labios de su marido, y tembló horrorizada, porque comprendió lo que había hecho y el porvenir que la aguardaba. ¡Cuán cierto era que habían terminado los días alegres de la pobre mariposa!

Desde entonces empezó para Josefina una vida de abandono y de malos tratamientos, consecuencia de un plan deliberado de Daniel, que se proponía conseguir su objeto por tan viles medios. Quería herir al padre maltratando á la hija, hasta obligarle á comprar la felicidad de ésta, ó por lo menos su tranquilidad. No llegó al extremo de hacerla víctima de violencias personales, pero por algún tiempo empleó todos los medios que tiene un hombre para atormentar á una mujer, sin faltar abiertamente á la ley. Josefina, lejos de mostrar debilidad, reveló en aquellas difíciles circunstancias ciertas cualidades y rasgos de carácter que nadie hubiera sospechado en ella. Sabía que había sido engañada y ofendida, y aquella convicción le permitió afrontar valerosamente á su verdugo por algún tiempo. Además, todos los Bourchier eran orgullosos y el orgullo de Josefina le permitió ofrecer una resistencia inesperada. No solicitó la protección de su padre hasta que la vida se le hizo insoportable.

Eso era lo que su brutal marido esperaba. La siguió,

entró por fuerza en casa de Bourchier y reclamó á su esposa.

Alain se hallaba en casa y sólo las órdenes terminantes de su padre le impidieron arrojar á Daniel por una ventana.

El resultado de todo ello fué otra entrevista de éste con Felipe Bourchier; una cínica confesión de que maltrataba á la hija para sacarle dinero al padre; la intimación perentoria de que le fuese devuelta su mujer; la amenaza de que si se entablase una demanda de divorcio para librar á Josefina de sus garras, daría publicidad á otras cosas, aunque él mismo, Daniel, saliese perjudicado en el desastre general. En cambio, ofrecía tratar bien á su mujer si se le daba el dinero que pedía y se le garantizaba una anualidad mucho mayor en lo futuro. Con él tenía que volverse de todas maneras; y en tanto que le diesen lo que quería, su mujer no tendría más motivos de queja que los millares de esposas que viven bajo el mismo techo que sus maridos y en realidad á leguas de distancia de ellos. Pero era condición indispensable que Josefina siguiese viviendo con él.

La joven se resistió y luchó, pero acabó por ceder. Daniel recibió el dinero y se logró que su mujer regresase con él su casa, bajo ciertas condiciones.

La parte más cruel de su castigo fué para Felipe Bourchier el tener que aconsejar á su hija que volviese al lado del hombre á quien odiaba, del esposo que en tan corto tiempo había demostrado su perversidad y villanía inauditas. Pero su padre le hizo prometer que á la primera señal de que su esposo se proponía renovar las hostilidades, se separaría de él y volvería al hogar paterno.

Al expirar el tercer año la situación era la misma creada por este segundo acuerdo, con poca diferencia; Bourchier había cumplido su parte del contrato; Daniel no había faltado á la suya abiertamente. Josefina vivía con su marido, pero viéndole y hablándole sólo cuando era necesario. No le temía. Le despreciaba profundamente, y el temor y el desprecio no suelen ir juntos. Aunque había perdido toda esperanza, no era enteramente desgraciada. Tenía algunas amigas que la compadecían y simpatizaban con ella. Vivía lo más independientemente que podía, sin dar ni pedir cuentas á su marido, sin dirigirle nunca la menor reconvención.

El, por su parte, no le intimaba orden alguna, cuidando sólo de que su mujer no se ausentase por largo plazo. No quería perder de vista por mucho tiempo el recurso mágico que obligaba á Bourchier á ceder á su capricho; y ya había tenido que amenazar á éste dos ó tres veces con represalias sobre su hija. La amenaza nunca dejaba de producir efecto y Bourchier entregaba las cantidades exigidas.

Daniel pensaba por entonces en Lucy con mucha frecuencia. Decíase que debía de estar próxima la época de su primera aparición en público, y cuando vió anunciado el estreno de la americana Francini, no dudó que ésta y Lucy fuesen una misma persona.

Tenía que evitar, como muy peligroso, todo encuentro con ella, por mucho que desease verla y oirla cantar. No se atrevía á esperar su perdón y sabía que si la suerte volviese á ponerlos cara á cara ella le exigiría explicaciones sobre la muerte de su padre. Y como esas explicaciones traería otras muy peliagudas para Daniel Bourchier, lo único que podía hacer era evitar encontrarse con la joven, cosa á la verdad poco difícil. Sólo en la calle podía tener efecto el encuentro, pues los compañeros de Daniel no eran de los admitidos entre los amigos de la famosa *prima donna*. Aquél se había encanallado bastante; había renunciado á la vanidad que en un principio le animara y que le impulsaba á ambicionar una posición distinguida en el mundo.

Su enemistad instintiva hacia Alain Bourchier se había exacerbado con la negativa rotunda de éste á proponerlo

como socio de un club á que Alain pertenecía. El único gusto refinado que Daniel poseía, su afición á la música, iba desapareciendo rápidamente. Ya la música le importaba poco; su voz sólo se elevaba para entonar canciones tabernarias que divertían á sus compañeros de bacanal, así hombres como mujeres, pues no sólo estaba muy entregado á la bebida, sino que tenía otros vicios.

Así se explica que Josefina lo despreciase profundamente, y que, abandonada á sí misma, buscase distracción y consuelo en la sociedad de algunas amigas. ¡Pobre joven! Apenas cumplidos los veintiún años veía su vida entera emponzoñada por aquel primer acto imprudente de una niña.

Bourchier estaba enfermo hacía tiempo, pero no debido á los remordimientos. Más de un asesino come, bebe y duerme como el resto de los mortales. Había cometido su crimen á sangre fría, en beneficio propio y de sus hijos. Empezaban á borrarse de su memoria las facciones de su víctima, cuyo recuerdo le había atormentado algún tiempo. Es posible que Felipe hubiera acabado por olvidarse del asesinato, sin el descubrimiento é intervención de Jorge Manders; quizás se hubiera alegrado algún día de aquella oportunidad que se le presentó para retener la posesión de sus bienes y también de haberla aprovechado descargando de una vez un golpe terrible, pero seguro. No, no era el remordimiento lo que le había convertido prematuramente en un viejo decrépito. Era el temor, la espada que el impostor tenía siempre suspendida sobre su cabeza. Era también el dolor que le causaba la suerte de Josefina, cuya felicidad era el precio pagado por el silencio de su enemigo. Era asimismo la idea terrible de verse denunciado algún día, de tener que prolongar aquella lucha continua con su posible delator, desafiando á veces su cólera para temer en seguida su venganza, pagándole tributo y esforzándose por reducir éste todo lo posible.

En lugar del sueño que huía de sus párpados, asaltábanle en tropel sus tristes pensamientos, hasta que se confesaba vencido y tomaba una dosis más del temido narcótico. Sólo su esposa sabía la cantidad de éste que había consumido en los últimos meses. Dicen que el cloral destruye el cuerpo, mas no la inteligencia. ¡Cuánto mejor para Bourchier, si sus efectos hubiesen sido igualmente destructivos para ésta que para aquél! Hombre de firme voluntad, luchó resueltamente contra aquel nuevo enemigo. Tomó parte activísima en la política, como pocas veces suelen hacerlo los diputados rurales. Frecuentó la sociedad. Todo inútil. Entonces renunció á la lucha y se sometió á su destino. Pronto comenzó á manifestarse en él aversión á la compañía de todos los que no eran los miembros más inmediatos y más queridos de su familia, lo cual le perjudicó en el desempeño de sus deberes como miembro del Parlamento. Tuvo también que reducir sus gastos, porque las exigencias de Daniel eran ya una pesada carga.

Abandonó su casa de Londres y se trasladó á la Casa Roja para pasar allí el resto de sus días en la soledad. ¡Hora fatal en verdad aquella en que Felipe Bourchier admitió á un desconocido en su carruaje para llevarlo de Braley á Renton!

¿Y su esposa? Lo único que ella veía era la pérdida gradual de la salud de su marido, acelerada probablemente por el mal aconsejado matrimonio de Josefina. Esto era lo único que la señora Bourchier podía culparse, la sola vez que había procedido sin consultar á su marido. Lloró y deploró aquel fatal enlace, pero como Josefina era tan desgraciada, la perdonó de corazón.

Mabel se había casado bien. No con aquel infortunado Luis Coverton de quien hablamos y que inútilmente la pretendía, sino con el señor Meser, representante de una antigua familia de Sorlán. Su marido poseía propiedades de gran valor y con el tiempo heredaría un título de nobleza, de modo que el porvenir de Mabel parecía risueño.

Josefina no podía menos que observar el contraste entre su propia vida y la de su hermana, pero ésta seguía queriéndola como antes y las horas más felices de Josefina eran las que pasaba con Mabel en Sorlán.

Alain, á cuya existencia apenas nos hemos referido en alguno de los capítulos anteriores, había terminado su carrera y obtenido su grado con lucimiento, dedicándose por lo pronto á gozar de la vida como podía hacerlo el heredero de una importante fortuna. Ya al cumplir la mayor edad heredó un capital que lo hizo independiente desde el punto de vista pecuniario.

En las tradiciones de la familia Bourchier no entraba que el primogénito ejerciese profesión alguna, de modo que Alain llevaba una vida ociosa, si tal puede decirse de un joven de veinticuatro años. Le gustaban los viajes, los ejercicios corporales, los objetos de arte y otras muchas cosas, de suerte que para él la existencia no carecía de atractivos. Tenía alquiladas habitaciones en Londres, pues su padre había renunciado ya á su casa de la ciudad, y pasaba largas temporadas en la Casa Roja. Notaba con pesar, y sabre todo en los últimos tiempos, la prematura vejez de su padre; y como la mala salud de éste databa del matrimonio de Josefina, fácil es imaginar los sentimientos que le agitaban al pensar en Daniel.

Roberto, el hijo menor, se preparaba á entrar en la universidad de Oxford, y todavía no era cosa decidida si lo dedicarían á la iglesia ó al foro.

Tal era la situación de los Bourchier cuando Lucy regresó á Inglaterra y, cumpliendo la profecía de Herr Kaulitz, conquistó gloria y provecho en pocos días.

CAPÍTULO XII

En el teatro

Alain Bourchier, después de comer en su club, se preguntó qué haría para pasar el resto de la noche lo más

agradablemente posible. No tenía el menor compromiso para aquel día y así resolvió ir á uno de los muchos teatros de la capital. No era gran admirador del arte dramático. Le atraía la realidad, tanto en las personas como en hechos y acciones, y de aquí que prefiriese la vida de Londres á la del campo, con la única excepción del ejercicio al aire libre que esta última le proporcionaba. Gustábale observar aquella vida activa que le rodeaba; mezclarse en aquel torbellino de hombres ocupados y afanosos. A veces deploraba no tener que seguir una carrera y que crearse una fortuna. Esperaba verse algún día en el Parlamento, como miembro activo y no puramente de adorno; pero todavía no había llegado la hora. Pensaba en todo esto sentado en la sala de fumar de su club; en la gran ciudad que le rodeaba y los millones de seres que contenía. De Londres pasó su pensamiento á París, de París á Dieppe y saliendo de esta última ciudad permaneció largo tiempo á bordo del vapor, en el canal, preguntándose quien sería aquella joven cuya imágen no podía olvidar. Recordaba todas las líneas, todos los detalles de su rostro y aún los cambios de expresión tan marcados que él había notado y seguido en aquellas facciones. Casi había renunciado á la esperanza de verla otra vez, después de tantas semanas de infructuosas pesquisas en Londres. ¿Por qué no le preguntó su nombre? Así pensaba y soñaba Alain, contemplando el clásico perfil de aquel hermoso rostro entre las nubes de humo de su cigarro.

Soñando despierto continuaba cuando sintió que una mano se posaba en su hombro, y volviendo á la realidad reconoció á su amigo Ernesto Belfort, más joven que Alain, muy rico, bastante calavera, pero apreciado de cuantos le conocían. Era, en fin, un muchacho á quien la vida de Londres debía convertir en hombre de provecho ó malearlo por completo, según lo quisiese la suerte. No estaba echado á perder todavía, pues de lo contrario no hubiera sido amigo de Alain Bourchier.